

8

Producciones colectivas en tiempos de pandemia

Jóvenxs investigadorxs del IDAES
discuten impactos sociales,
económicos y culturales del
COVID-19

¿El retorno de la sociedad?

Algunas reflexiones sobre
los rasgos del neoliberalismo
en tiempos de COVID-19

Federico del Castillo
Ignacio Rullansky
Joaquín Zajac



Instituto de Altos
Estudios Sociales
IDAES_UNSAM

Más información
investigacionidaes@gmail.com

Resumen

El presente artículo propone recuperar algunos aportes teóricos de Michel Foucault (biopolítica, gubernamentalidad) para pensar la manera en que la actual crisis por la pandemia del COVID-19 tensiona las tecnologías de poder y las racionalidades de gobierno de poblaciones a escala global. Partiendo de discursos y medidas implementadas en el contexto de la crisis por parte de actores gubernamentales relevantes de distintos países, el argumento del texto se articula en torno a tres ejes:

1. Analizar cómo en el seno del discurso económico neoliberal, emerge una incipiente reorientación estratégica de cara a los desafíos que impone esta situación.
2. Explorar la manera en que gobiernos de perfil ideológico reactivo a la intervención del Estado (defensores de un “gobierno frugal” característico de la racionalidad liberal y neoliberal de gobierno”), la crisis y la incapacidad de las tecnologías médicas fue imponiendo objetivos y tecnologías de administración de la crisis como obligatorias (cuarentena, aislamiento social, medidas de protección social, etc.).
3. Reflexionar sobre cómo estas dos realidades van prefigurando un escenario de reacomodamientos políticos, tecnológicos e ideológicos y plantear algunas interrogantes relativas a los arreglos institucionales tradicionales y las retóricas de la gubernamentalidad de cara a posibles escenarios futuros.

El escrito es un ensayo exploratorio con perspectiva genealógica (es decir, que busca reinscribir los discursos y las medidas políticas en el marco de relaciones de fuerza, de luchas y de acontecimientos que son condición de posibilidad para su emergencia) y se basa, por lo tanto, en el análisis documental de un corpus breve de materiales relevantes.

Introducción

La pandemia del COVID-19 parece ser uno de esos acontecimientos que llegan para cambiarlo todo. Sin embargo, desde las ciencias sociales, solemos desconfiar inmediatamente ante este tipo de pronósticos tan tajantes. A fin de cuentas ¿Qué dominios están incluidos en ese todo que se espera que cambie? ¿Qué significa cambio e inmanencia? ¿Qué tipo de modificaciones, niveles de profundidad, velocidad y alcance pueden esperarse de estos cambios? ¿Con qué continuidades convivirán?

En este artículo buscamos reflexionar en torno a “lo que viene”, a partir de analizar lo que ya está ocurriendo, en una de las dimensiones más significativas, y que más ha sido afectada desde el inicio de esta pandemia: las estructuras y discursos de poder. Y no nos referimos solo (o tanto) a tal o cual gobierno en particular, o tal o cual movimiento político concreto. Si no a discursos y estructuras transnacionales, globales de poder, a ciertas maneras de razonar, técnicas o “tecnologías”, “modos de hacer” que permean a todos los agentes que ejercen el poder a lo largo y ancho del mundo, desde hace varias décadas, y que componen una miríada diversa, compleja y heterogénea de discursos sobre cómo gobernar, conocida como “neoliberalismo”.

Nos apoyamos para esto, por un lado, en algunos conceptos del filósofo/teórico social francés Michel Foucault, quien dedicó gran parte de su obra en analizar y criticar esta forma de ejercer el poder de gran relevancia para el mundo occidental. Estructuramos nuestras reflexiones en torno a dos documentos de figuras intelectuales/políticas relevantes del campo neoliberal, que ilustran algunas de las posibles tendencias discursivas que se avecinan. Por otro lado, analizamos dos

casos concretos de gobiernos neoliberales que ejemplifican estas variantes: Reino Unido y Uruguay. De esta forma, se podrá reflexionar, sobre las tensiones y debates que ya están reestructurando ese campo de discursos y racionalizaciones sobre cómo ejercer el poder en este nuevo escenario global, así como la manera en que estos debates se moldean a partir de, y a la vez, inciden en, las medidas que los gobiernos neoliberales se ven obligados a adoptar para lidiar con la pandemia.

Biopolítica, neoliberalismo y *homo economicus*

En los cursos *Defender la Sociedad* (2014b), *Seguridad, territorio y población* (2014a) y *Nacimiento de la biopolítica* (2012), Foucault investigó, con dispar ahínco y atención, dos tendencias paralelas que él imaginaba convergentes, complementarias o isomórficas, pero cuya imbricación nunca llegó a explicitar detalladamente. Por un lado, el estudio sobre la “biopolítica”, es decir, acerca del ingreso de “lo viviente” al campo de problemas de los que se ocupa el poder, desde inicios del siglo XIX. Si durante la Edad Media, la modalidad soberana de ejercicio del poder consistía mayormente en un “hacer morir y dejar vivir ejemplificador de la fortaleza incomparable del “soberano”, este nuevo poder consistirá mayormente en la capacidad de quienes ejercen el gobierno de “hacer vivir y dejar morir”, de multiplicar y potenciar la vida de los seres humanos, considerados desde un punto de vista biológico, así como de “dejar morir” a quienes son construidos como no humanos por medio de una concepción racista (Foucault, 2014b). A diferencia de las técnicas disciplinarias que se extendieron por todo el mundo occidental desde el siglo XVII (la cárcel, los cuarteles, los hospitales, etc.), que buscaban reeducar al cuerpo individual para obtener de ellos docilidad y rendimiento, esta nueva modalidad de ejercicio del poder se dirige a una masa, a un cuerpo especie, a un nuevo objeto que hace su ingreso por primera vez en el campo del a relaciones de saber y de poder: la población. Ejercer el poder no se trataría (solamente, principalmente) de matar, de castigar o reeducar a los cuerpos individuales, sino de establecer “mecanismos de compensación” para mantener una población y sus procesos biológicos (de natalidad, mortalidad, de longevidad, de posibles accidentes etc.) en equilibrio.

Por otro lado, aparece una preocupación por desentrañar la novedad que significó para el ejercicio del poder de cierta racionalidad que Foucault identifica, primero, con el liberalismo y la economía política. Una racionalidad que busca “limitar” al poder político, no en el marco de una cierta “legitimidad” sino en relación con la conveniencia de tal autolimitación, y en la que el mercado actúa como ámbito “natural” para definir el “éxito” o el “fracaso” de un buen gobierno. Y, en segundo lugar, la racionalidad neoliberal, que pretende extender la forma “económica” de decisión basada en el cálculo y la selección óptima de fines y medios como esquema para aproximarse a todos los ámbitos de la actividad humana.

En sus cursos, Foucault imaginó cierta convergencia entre ambas nociones. Solo se podría llegar a entender en profundidad, qué es o qué ha sido la biopolítica, a partir de la comprensión sobre el régimen gubernamental liberal/neoliberal de gobierno. A fin de cuentas, ambos presentan un estilo similar en muchos sentidos: ambos razonaban en la escala de la población, ambos se oponen y buscan transformar desde adentro a la “razón de Estado”-la racionalidad o estilo de gobierno que predominaba en las monarquías absolutistas europeas hasta el siglo XVIII-(Foucault, 2010). La expansión del COVID-19, plantea preguntas respecto de la vigencia de estos postulados anteriores ¿Qué reconfiguraciones políticas, tecnológicas e ideológicas se producen en los discursos y estrategias gubernamentales en este escenario? ¿Qué sucede con la “convergencia estratégica” y/o por analogía que planteaba Foucault entre biopolítica y neoliberalismo en el escenario actual? El examen de una reciente editorial del *Financial Times* (una de las publicaciones de mayor prestigio y circulación en el mundo financiero global), un texto de Henry Kissinger,

y de los casos del Reino Unido y Uruguay a partir del esquema teórico planteado por Foucault, nos acercará a algunas respuestas, pero, sobre todo, a la formulación de interrogantes de cara a la “nueva normalidad” que vendrá.

La salida radical. El regreso de lo común y la distribución de los sacrificios

¿Qué hacer con esta sociedad que ha probado su existencia, su regreso tras varios intentos de reemplazarla por el individuo? ¿Cómo gobernarla a partir de ahora que se presenta como un factor fundamental por sobre los propios individuos y sus intereses? Autores que continuaron la línea de indagación abierta por Foucault al estudiar la racionalidad neoliberal, ponen el foco en cómo la expansión y consolidación del discurso neoliberal a nivel global, comporta efectos en los mismos sujetos y las sociedades, en torno a tres ejes: la disposición al sacrificio, la individualización, la contracción del gasto público destinado a políticas de protección social y socialización de los riesgos (Castel, 2013), y la responsabilización individual de los sujetos.

Wendy Brown (2015), advierte por caso sobre cómo la extensión de la racionalidad neoliberal ha ido vaciando la política de sus contenidos, permutándolos por preocupaciones del orden de lo económico. Es decir, como -por otras razones-, afirma Ranciere (1996), nos encontraríamos desde hace varias décadas habitando en un “escenario posdemocrático” en el que un sacrificio del involucramiento en la esfera pública se asume como “costo” necesario para potenciarnos en tanto “capital humano”. Se trata discursos que promueven una “disposición sacrificial” (Brown, 2015) en los sujetos, una autonomización en tanto individuos “responsables”, que absorben voluntariamente los costos del ajuste fiscal, la disminución de puestos laborales, la quita de pensiones, programas sociales y subsidios, etc. Los sujetos devienen “emprendedores de sí mismos”, responsables de su propio bienestar, y el Estado, mero generador de condiciones mínimas para ejercer la libertad. Es decir, el ciudadano neoliberal, no sólo no debería solicitar protección frente a las “sacudidas” a las que está expuesto: debe aceptar la intensificación de inequidades derivadas del interés del capital.

Sobre esta disposición al sacrificio, cabe preguntarse ¿acaso la pandemia logrará generar condiciones para repensar los términos en los que se distribuye la riqueza y se genera un impacto nocivo contra el medio ambiente? De profundizarse una respuesta positiva a este interrogante, ¿cabría pensar en una reformulación del sentido de la disposición sacrificial? ¿Acaso, introducir un tipo de sacrificio no centrado eminentemente en el interés individual del emprendedor de sí, sino montado sobre la contemplación de esfuerzos colectivos?

En una reciente editorial (3 de abril de 2020) firmada de forma conjunta por el “board” editorial, el *Financial Times* (FT), una de las publicaciones más destacadas del ámbito de las finanzas globales, apunta a un efecto clave de la pandemia por COVID-19. Se trata de la forma en la que la solidaridad social, entendida como el sentido de pertenencia y comunidad presente en las sociedades de todo el mundo, se ha visto solidificada como producto de la crisis. Una posible salida de esta situación es, tal y como aconteció en otras grandes crisis del orden global, como la gran depresión de los años 30 o el fin de la segunda guerra mundial, es menos el de apelar a los individuos y su sacrificio personal, que de movilizar a este colectivo que las medidas de aislamiento social produjeron casi como un efecto no deseado. Pero tal y como en esos momentos, para poder volver a lograrlo, hay que ofrecer un nuevo contrato social que beneficie a todos. La crisis actual es grave, porque expone descarnadamente “lo lejos que están las sociedades de alcanzar ese ideal”. Una distancia que se expresa principalmente en dos cuestiones: la falta de preparación de los sistemas de salud, y la fragilidad de las economías, en especial, de los mercados de trabajo de muchos países.

Por otro lado, las medidas de aislamiento no solo evidencian esas desigualdades pre-existentes, sino que crean otras nuevas. Mientras algunos rubros económicos (como el turismo y la hotelería, el entretenimiento, y sectores afines, etc.) han perdido millones de puestos laborales, y en otros considerados “esenciales” (salud, comercio, mensajería, mantenimiento, etcétera) los trabajadores deben continuar trabajando arriesgando sus vidas sin ninguna mejora sustancial en sus ingresos, otros apenas padecen la “molestia” de tener que trabajar desde casa. Además, aunque las muertes por COVID-19 afectan masivamente a personas mayores, quiénes más terminan siendo perjudicados en términos de “capital humano” son los jóvenes activos, que deben poner en suspenso su educación y sacrificar potenciales ingresos. Es decir, para el FT, la prioridad ya no pasa por imponer sacrificios inevitables y universales a todos los miembros de una sociedad, sino de cómo restituir a quienes están soportando el mayor peso de los esfuerzos.

Para esto será necesario según los autores estar dispuestos a asumir reformas que ellos consideran “radicales”, que en gran medida reviertan la dirección política de las últimas cuatro décadas. Específicamente, inversión en servicios públicos masivos y de calidad, mercados laborales menos precarios, impuestos a la riqueza o “ingresos universales”. La “economía de guerra” aparece para estos autores como más que una analogía. Primera transformación, entonces dentro del campo neoliberal. Sin alterar las coordenadas epistemológicas y políticas nodales del campo, una salida radical que propone repensar definitivamente algunos de sus supuestos fundamentales, para mantener la paz social a nivel global.



¿Such thing as society? La resistencia del neoliberalismo “duro”

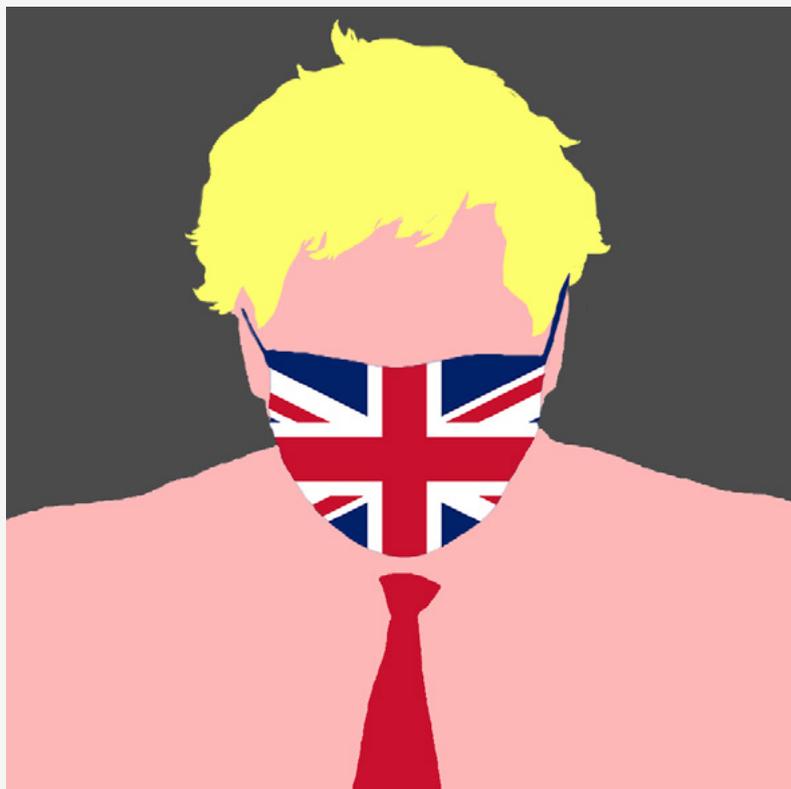
En 1987, en pleno *momentum* neoliberal, la ex Primera Ministra británica Margaret Thatcher pronunció una de sus más famosas frases en [una entrevista a la revista *Woman's Own*](#): “there’s no such thing as society. There are individual men and women and there are families” (no hay tal cosa como la sociedad. Hay individuos hombres y mujeres y hay familias). Algunos párrafos antes, en esa misma entrevista, Thatcher hacía referencia al dinero y su acumulación como “la fuerza motriz de la vida”, y acentuaba la responsabilidad de cada individuo de valerse a sí mismo, planteando la falsa oposición entre vivir de mi trabajo o vivir del Estado. Thatcher aludía implícitamente a una de las dicotomías fundamentales del pensamiento occidental moderno, heredera de la sociología durkheimiana: individuo-sociedad. Planteado en estos términos, este binomio suponía un dilema pragmático para la racionalidad de gobierno neoliberal de la época. Señalemos algunos de los supuestos detrás de esta lógica: 1) Thatcher equiparaba sociedad con Estado, refiriéndose específicamente a la responsabilidad colectiva sobre el bien común; 2) las motivaciones individuales aparecían como la única realidad tangible y sustancial, y la sociedad como un concepto abstracto del cual podemos prescindir; 3) el individuo se definía como un ser autosuficiente, consumidor y/o proveedor de bienes y servicios, y el mercado como el ámbito de interacción por excelencia entre individuos racionales y libres (Ingold, 1996).

Hoy en día la lógica subyacente en los supuestos de Thatcher continúa nutriendo discursos y acciones de gobiernos neoliberales. Si los individuos son autosuficientes y el mercado regula naturalmente la vida social, entonces la responsabilidad estatal de proteger, cuidar y asistir a la ciudadanía queda en un segundo plano. Es posible (y mejor) gobernar limitando el poder político y dejando hacer al mercado. Se trata de premisas consistentes con la formulación foucaultiana de la gubernamentalidad. En el Estado (neo)liberal, gobernar consiste en estructurar el posible campo de acción de los individuos libres. El poder del Estado (que no se ha contraído ni esfumado, sino que ha transformado sus objetos y métodos, la economía general de su poder)- se ejerce “negativamente”, estructurando un campo de acción que deja que las cosas sucedan, sin hacer que efectivamente que esas cosas sucedan (Foucault, 2001). Esto tiene, por supuesto, altos costos para el bienestar colectivo, pero se asume que el *homo economicus* del neoliberalismo reconocerá la conveniencia de asumir el riesgo (Brown, 2015).

El caso del Reino Unido es sin dudas muy significativo para evaluar las consecuencias políticas de algunas de las coordenadas trazadas por la editorial del FT. Los primeros casos de COVID-19 en este país ocurrieron a fines de enero de 2020, encendiendo alarmas frente a la situación expansiva del virus en países como Italia o España. Pero el Primer Ministro británico, Boris Johnson, decidió apostar a su propia receta. Desestimando las recomendaciones de afirmar controles para garantizar el aislamiento social, Johnson se posicionó rápidamente como uno de los líderes mundiales que prefirieron dejar hacer al virus lo que tuviese que hacer hasta ganar inmunidad de rebaño. Incluso [llegó a declarar, con provocadora displicencia, que había estrechado la mano de pacientes con coronavirus](#). Así, encarnando el más puro espíritu liberal británico, las medidas más drásticas frente al avance del COVID-19 en el Reino Unido consistieron en imponer regulaciones mínimas, y sugerir, recomendar y pedir a la ciudadanía conductas de aislamiento social para evitar la saturación de los servicios de salud. Un mes y medio después de conocerse los primeros casos, y con una tasa de contagio mucho más alta que la media, Johnson transmitió [un mensaje cargado de frialdad](#), consistente con la lógica utilitarista del “dejar morir”: “debo ser claro con ustedes y con la ciudadanía británica: muchas familias van a perder a sus seres queridos antes de lo que pensaba”.

A pesar del panorama desalentador que presentaba el escenario internacional, la advertencia debió venir desde el propio Reino Unido para activar la alarma del gobierno. Un [informe del Imperial College of London](#) reportó que la estrategia de dejar que el virus se propague hasta generar inmunidad de rebaño, causaría 250.000 muertes con mitigación de riesgos, y 510.000 sin mitigación. Rápidamente, tras conocerse estas predicciones, el gobierno endureció el tono, aunque continuó buscando la colaboración voluntaria de la ciudadanía para seguir sus recomendaciones. [En una conferencia de prensa, Johnson declaró:](#) “A todos aquellos que salgan a hacer ejercicio o a tomar el aire les pido enfáticamente: guarden un distanciamiento social. Porque si no lo hacen, no pueden hacerlo o se niegan a hacerlo, deberemos adoptar medidas más estrictas”. El giro definitivo del asunto sucedió, sin embargo, algunos días más tarde, cuando Johnson contrajo coronavirus y debió ser hospitalizado. Tras pasar algunos días en cuidados intensivos, al ser dado de alta [grabó un video](#) en el que agradeció al personal de la salud y declaró: “We are going to do it, *we are going to do it together*. One thing I think the coronavirus crisis has already proved is that *there really is such a thing as society*” (Vamos a lograrlo, vamos a lograrlo juntos. Algo que la crisis del coronavirus probó es que existe tal cosa como la sociedad).

El guiño a Thatcher es evidente en esta declaración política, y da cuenta de una transformación en proceso de la ideología *torie* (al respecto, ver [esta nota](#)). Además, constituye un gesto significativo al provenir de uno de los líderes mundiales que más fielmente representan las formas actuales de gubernamentalidad liberal. Pero la situación de crisis pandémica global parece fracturar los arreglos institucionales y las retóricas que sostienen esta forma de gobierno. El giro de Johnson no solo desafía a los conservadores británicos, sino que expone las relaciones de interdependencia constitutivas de la propia razón de ser entre Estado, sociedad e individuo. En este escenario, el *homo economicus* no parece descansar cómodamente en las condiciones de existencia planteadas por la convergencia estratégica entre biopolítica y racionalidad liberal; de hecho, su propia razón de ser en tanto individuo es interpelada. Precisamente, *there is such thing as society*.



Kissinger: el repliegue estratégico para la defensa del orden liberal mundial

Henry Kissinger es sin dudas uno de las figuras políticas más trascendentes del siglo XX. Estadounidense de origen alemán, ocupó diversos cargos vinculados a la seguridad nacional y las relaciones exteriores de Estados Unidos desde fines de la década de 1960 y hasta tiempos recientes. En su texto [“La pandemia de coronavirus alterará para siempre el orden mundial”](#) también del 3 de abril de 2020, Kissinger plantea algunas líneas de reflexión sumamente relevantes, en el sentido de re-elaborar las coordenadas del campo discursivo del neoliberalismo como reflexión sobre el gobierno de las naciones a escala global.

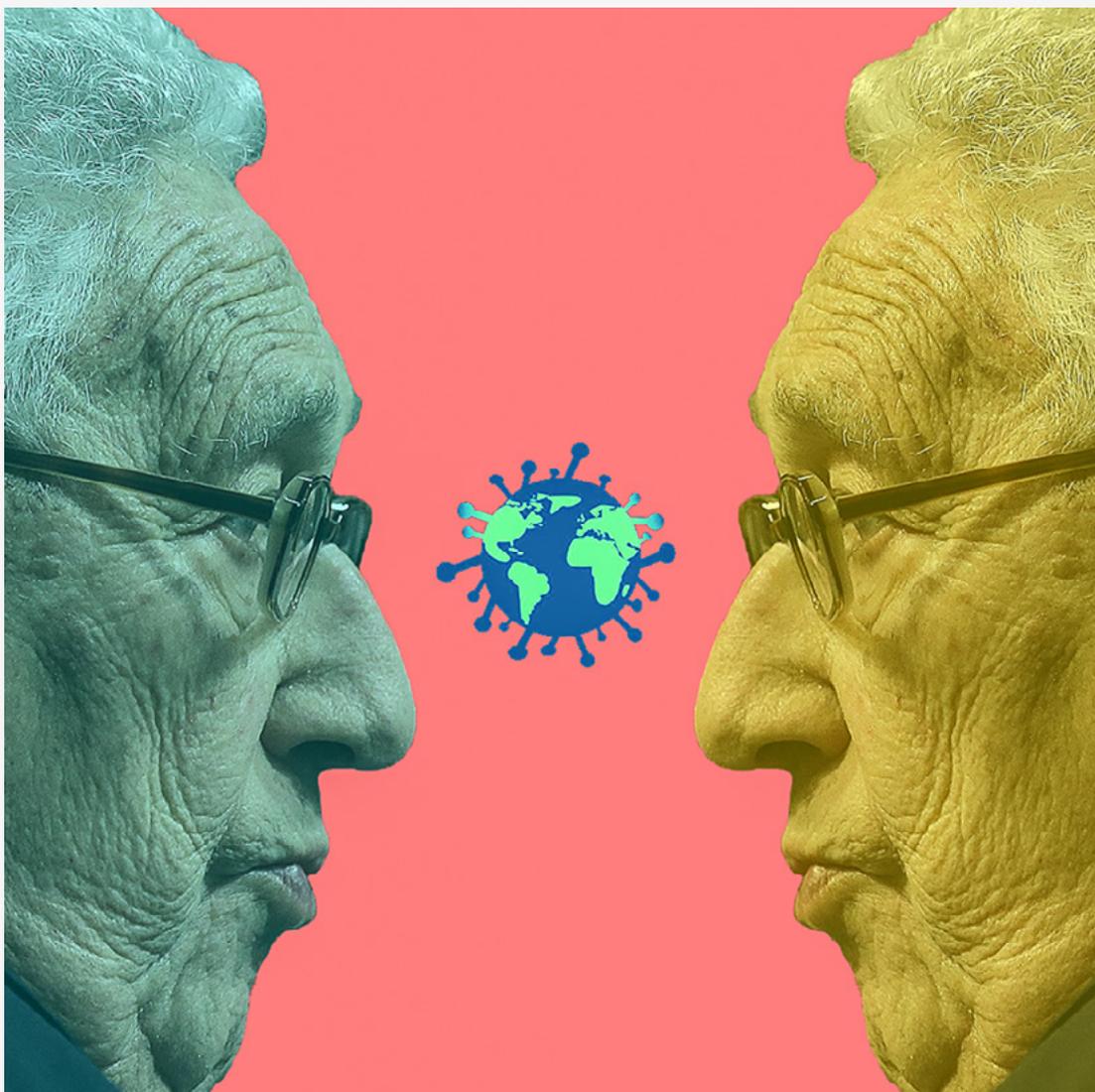
También Kissinger, al igual que los editores del FT, señala que el escenario actual solo puede compararse por su gravedad al del fin de la segunda guerra mundial. En referencia específica a la “Batalla de las Ardenas” de 1940, una de las ofensivas alemanas que mayores pérdidas humanas trajo para los Estados Unidos. El problema es que, si en ese tiempo los gobernantes en este caso, de los Estados Unidos lograron unir a su población detrás de un mismo objetivo, existe hoy un gran problema, similar al que plantea el comité editorial del FT, pero sutilmente distinto: La falta de confianza de las sociedades en sus gobiernos. Si el gobierno es (así lo define Kissinger), la capacidad de prevenir calamidades y morigerar su impacto, la percepción que tendrán las personas a la salida de esta pandemia, es la del fracaso de sus gobernantes. El contagio ha sido masivo y muy acelerado. No hubo ni hay por el momento una tecnología médica adecuada para prevenir y tratar la enfermedad. Ningún sistema de salud parece alcanzar para hacerle frente. Ante la crisis planteada por el COVID-19, las instituciones han fallado. La prioridad debe estar en recuperar esa confianza. ¿Qué esfuerzos debe hacer EEUU según Kissinger para lograr esto?

Por un lado, “apuntalar la resiliencia global a las enfermedades infecciosas”. El problema que afecta a Estados Unidos es en verdad un problema global, que requiere soluciones globales. No alcanza con controlar la enfermedad en países aislados. Es necesario controlarla en todo el mundo simultáneamente, ya que basta con un país o unos pocos países puntuales que se “desborden” para que se corra el riesgo de una pandemia indefinida. Principalmente, Kissinger imagina como vital la inversión compartida a nivel mundial en el desarrollo de tecnologías para prevenir y curar enfermedades infecciosas. Estados, regiones y ciudades deberán además desde ahora en adelante “prepararse” de manera constante para proteger a la gente de las pandemias. Todo lo contrario de lo que, según Foucault, prescribía el liberalismo. Para esta razón gubernamental, la escasez en verdad “no existía”, era un fenómeno temporal. Al dejar librado a su propio devenir al mercado, la escasez terminaría por resolverse. Kissinger en este sentido, propone aquí todo lo contrario. Hay que producir, acumular y almacenar productos sanitarios, planificando para un eventual futuro, y no en criterios vinculados a la rentabilidad presente. En este mismo sentido, y al margen de este pasaje del discurso de Kissinger, es notable cómo tanto el presidente francés, Emmanuel Macron, y su ministro de economía, Bruno Le Maire, se han manifestado en favor de la “recuperación del control” de la producción de insumos sanitarios desde una perspectiva que hace énfasis en las atribuciones soberanas del Estado. En otras palabras, la relocalización de la industria (y, por tanto, del capital) farmacéutica de Oriente al ámbito de la Unión Europea, daría cuenta de una redefinición de los términos del multilateralismo que ha caracterizado el comercio internacional durante las últimas décadas. Al tiempo que se aprecia una lógica de repliegue o contracción dentro de fronteras estatales para asegurar el suministro de insumos esenciales como mascarillas y respiradores, podría darse un giro semejante en otras ramas de la actividad industrial, motivando una relocalización del capital que refuerce vínculos multilaterales más acotados al ámbito regional que al global.

En segundo lugar, Kissinger habla de “sanar las heridas de la economía global”. Pero el problema pasa menos por la distribución de los ingresos y la “restitución” de las injusticias de la que

hablaba el FT, y más por la invención de nuevos resortes y mecanismos para las economías globales. Es decir, si el liberalismo económico hasta ahora se basaba según Foucault (2006) en la promoción de la libre circulación de bienes y personas, se trata ahora de entender que el distanciamiento social ha llegado para quedarse y que será necesario considerar otro esquema de funcionamiento económico, que no esté basado centralmente en la libertad de circulación. Hay que pensar entonces nuevos mecanismos, nuevas dinámicas económicas que permitan alcanzar ciertos niveles de bienestar a la población, aceptando como dato, como factor a mediano plazo, la distancia social y la menor circulación de cosas y personas.

Por último, el norteamericano plantea a este nuevo orden mundial que se avecina un problema político. Se observa según él en este contexto una crisis del “orden liberal mundial” y de un renacimiento de lo que él llama la lógica del poder como una “ciudad amurallada”, quizás homologable a aquello que Foucault llamó “soberanía”. Kissinger propone un “repliegue estratégico” del liberalismo, del libre comercio mundial y del movimiento irrestricto de personas y capitales”, por una temporal “priorización” de los objetivos biopolíticos (contener la pandemia) y así evitar el riesgo de una caída definitiva de este orden. Si se quiere poder volver al orden liberal en algún momento, es necesario dicho repliegue temporal, que es la segunda posible variante discursiva que se avizora en esta cambiante constelación.



La reconfiguración del neoliberalismo: el caso uruguayo

Tomamos en este artículo, por último, el caso de Uruguay, tanto por la claridad con la que muestra en la práctica la línea marcada por Kissinger, como por la importancia que tiene este caso tan cercano para pensar las posibles maneras en que estas reconfiguraciones del campo neoliberal a nivel global, podrían llegar a tener eco en toda la región.

Uruguay atraviesa un momento decisivo. Tras quince años consecutivos de gobiernos del Frente Amplio, la llamada era progresista (Garcé y Yaffé, 2014) llegó a su fin. El cambio se produjo el 1º de marzo de 2020 con el arribo la presidencia de Luis Alberto Lacalle Pou, líder del Partido Nacional (PN), al frente de una coalición integrada por cinco partidos políticos¹, y su promesa de implementar una agenda de gobierno de perfil neoliberal, que abre múltiples interrogantes sobre el futuro del país.

Pero como bien describió uno de los más destacados intelectuales uruguayos, Juan Carlos Real de Azúa (1964), en Uruguay, todo impulso tiene su freno. En este caso, la pandemia del coronavirus constituyó el freno principal a la agenda gubernamental del PN. Antes de analizar cómo está tensionó el programa neoliberal del gobierno uruguayo, conviene hacer un breve ejercicio genealógico que sirva para saber quién es quién en la historia política liberal de Uruguay. El campo conservador uruguayo, al igual que sucede en muchos otros países, está habitado por familias políticas. Una de las más importantes es el clan Herrera. El patriarca del linaje, Luis Alberto de Herrera (1873-1959), fue el gran caudillo del PN durante más de 50 años, y una de las principales figuras en la historia política de Uruguay. A pesar de no haber llegado a ocupar la presidencia, fue el protagonista de algunos de los episodios más reaccionarios de la historia uruguaya. Brevemente, recordemos que formó parte de la oposición al batllismo² de la primera mitad del siglo XX, de la dictadura de Gabriel Terra (1933-1938) (en calidad de aliado político) y del triunfo electoral del Benito Nardone, candidato del Partido Nacional en 1958.

Por su parte, Nardone había fundado su propio sector dentro del PN, el Ruralismo, un movimiento que denunciaba la vampirización del campo a manos de Montevideo, y denunciaba una conspiración –de la que supuestamente formaba parte el batllismo–, que subordinaría a Uruguay al comunismo internacional (Entre, 2019). Recordamos esto para señalar que Herrera fue el principal aliado de Nardone, y cuyo apoyo significó un impulso sustancial para el triunfo electoral de éste último. Un segundo momento de gloria para el herrerismo aconteció en 1990, cuando Luis Alberto Lacalle Herrera, nieto de Luis Alberto de Herrera, y padre del actual presidente Luis Lacalle Pou, fuera electo presidente. El herrerismo volvía así al gobierno, y lideraría el segundo gobierno del PN en el siglo XX. Fue en esta época cuando la agenda neoliberal con raíces en la dictadura cívico-militar (1973-1985) encontró terreno fértil donde sembrar desigualdad social, ajuste fiscal, desindustrialización, achicamiento del Estado y desaceleración salarial.

Estas tendencias no harían más que profundizarse hasta 2005, cuando las tres administraciones consecutivas del Frente Amplio (FA) pondrían un freno significativo a este modelo económico. Ciertamente, existieron continuidades entre las políticas neoliberales y el modelo desarrollista-progresista del FA. La extranjerización de la tierra, las mínimas regulaciones en ciertos sectores como el mediático, o la introducción de industrias contaminantes, podrían citarse como ejemplos

¹ La "coalición multicolor" está integrada (en orden de representatividad) por los siguientes partidos: Partido Nacional, Cabildo Abierto, Partido Colorado, Partido Independiente y Partido de la Gente.

² El batllismo es una corriente progresista del Partido Colorado de Uruguay, liderada por el dos veces Presidente (1903-1907 y 1911-1915) José Battle y Ordóñez. Se caracterizó por el impulso a los monopolios estatales, la separación entre Estado e Iglesia, la promulgación de un amplio cuerpo de leyes sociales y el desarrollo de un Estado benefactor e intervencionista.

de una larga lista. Pero sin dudas, los gobiernos progresistas implicaron un quiebre con los gobiernos neoliberales de décadas anteriores.

Quince años más tarde, y con cierto desgaste acumulado, el FA fue derrotado en las elecciones presidenciales de 2019. Las acusaciones de ineficiencia a la gestión del FA, la demonización sobre el problema del déficit fiscal –significante fetichizado y vagamente definido–, y las promesas de ajuste y mayor eficiencia en la administración, constituyeron los principales motores retóricos de los líderes de la coalición por entonces opositora.

Pero a pesar de este frente discursivo común, el perfil ideológico de la autodenominada “coalición multicolor” dista de ser homogéneo. Aunque los partidos que la integran comparten una oposición acérrima al Frente Amplio, representan a diferentes ideas y sectores dentro del espectro político conservador uruguayo. Se aglutinan aquí partidarios de la apertura radical de la economía y del estado mínimo, con pretensiones socialdemócratas de un estado partícipe, con el proteccionismo importador, entre otras tendencias³. Sin embargo, a pesar de sus diferencias, su programa de gobierno promueve la liberalización de la economía, el ajuste fiscal y la intervención del sector privado, rasgos propios del neoliberalismo tradicional.

El 13 de marzo, a menos de dos semanas de haber asumido el gobierno, fueron confirmados los primeros cuatro casos de coronavirus en Uruguay. Brasil había confirmado su primer caso el 25 de febrero, y Argentina el 3 de marzo. La presencia del COVID-19 en la región, y la amenaza expansiva que este mostraba en algunos países europeos, obligó al gobierno a cambiar su rumbo repentinamente.

En sucesivas conferencias de prensa, fueron anunciadas una serie de medidas dirigidas a hacer frente al escenario crítico planteado por la llegada del virus a Uruguay. Algunas de ellas tuvieron un perfil neoliberal, como [el lanzamiento de un programa de capacitación a emprendedores](#), o la [reducción de salarios y jubilaciones públicas mayores a 80.000 pesos líquidos](#). Lacalle amparó esta última medida en una apelación a la solidaridad y el sacrificio colectivos (Brown, 2015) como responsabilidades individuales para hacer frente a la crisis, bajo la imagen de que [“todos tenemos que empujar del carro”](#). No obstante, consultado directamente por una periodista sobre si el gobierno piensa gravar el capital, Lacalle respondió negativamente, argumentando que [“gravar al capital es amputar la posibilidad de los que van a hacer fuerza a la salida de la crisis”](#).

Pero, al mismo tiempo, el gobierno debió tomar algunas medidas que tensionaron su propia concepción neoliberal de gobierno “frugal” y autolimitada. La [distribución de canastas alimentarias](#) a trabajadores y hogares en situación de vulnerabilidad a través del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), los [beneficios a monotributistas](#), los [subsidios por enfermedad para trabajadores mayores de 65 años](#), o la [flexibilización al acceso de seguros de desempleo](#) son algunos ejemplos de lo anterior. Estas decisiones van a contrapelo de la tradición herrerista, y sin dudas trastocan el impulso neoliberal del gobierno.

³ Por un lado, el Partido Nacional representa la oligarquía terrateniente y empresarial, y tiene un signo ideológico marcadamente neoliberal, consistente con su actividad política de las últimas décadas. El Partido Colorado también adhiere al neoliberalismo económico y político, aunque hace guiños a la vertiente más estatista representada por sectores batllistas. El Partido Independiente, a pesar de su poca significativa representación parlamentaria, encarna los sectores más moderados de la derecha socialdemócrata. El Partido de la Gente, a pesar de no tener incidencia significativa en el gobierno, ha presentado propuestas ultraderechistas en seguridad y se ha pronunciado a favor de un Estado pequeño y no interventor. Finalmente, Cabildo Abierto constituye la gran novedad en el sistema político uruguayo. Se trata de un partido nuevo de derecha populista liderado por un ex Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, que se constituyó como el tercer partido con mayor representación parlamentaria.

El escenario futuro de Uruguay frente a la pandemia es un interrogante abierto. Las medidas sociales adoptadas por el gobierno se proponen como “provisorias”, y no conocemos cómo se orientará el rumbo una vez que se logre aplanar definitivamente la curva de contagios. Sin embargo, parece claro que la crisis ha supuesto frenos a la ansiedad por imponer reformas neoliberales. Lo anterior es evidente [en las declaraciones de Azucena Arbeleche, la Ministra de Economía](#) en referencia al ajuste fiscal: “Debido a la crisis, la mejora [ajuste] fiscal prevista para 2020 se pospone hasta 2021”.



@antropozombie

Reflexiones finales

Planteábamos al comienzo de nuestro artículo una pregunta, o más bien una incertidumbre: ¿qué cambia la pandemia del COVID-19 en lo relativo a las estructuras y discursos de poder? No somos los primeros en preguntárnoslo. Han circulado, en los últimos meses, un sinnúmero de textos sobre preguntas similares, que prometen futuros que son, por el momento, proyecciones de interrogantes. Nosotros preferimos adoptar una postura medida ante la perplejidad: no perseguimos certidumbres absolutas sino reflexionar a partir de la incertidumbre. Se trata de un ejercicio de reflexión apoyada sobre acontecimientos concretos.

Intentamos poner en relación dos posibles miradas intelectuales con una mirada diferencial sobre cómo reelaborar la estrategia de gobierno a nivel global tras la pandemia del COVID-19, pero que marcan, los límites, las coordenadas conceptuales, políticas, epistemológicas e ideológicas en torno de las cuales se estructurarán los discursos del campo neoliberal en lo sucesivo. Vemos que acaso pueden modificarse las relaciones entre biopolítica y racionalidad gubernamental neoliberal y, a la vez, emerger otras nuevas, cuya evolución será preciso seguir de cerca. Cambios en el mundo intelectual neoliberal que, como vemos para los casos uruguayo y británico,

moldean a y a la vez se retroalimentan de las medidas que los gobiernos neoliberales, partidarios de un “gobierno frugal”, se ven obligados a instrumentar en abierta contradicción con su propia racionalidad de gobierno

En algunos casos, como el documento elaborado por Kissinger o el accionar del gobierno uruguayo, se refleja un “repliegue estratégico” del neoliberalismo, propuestas temporales o transitorias, que ilustran la incapacidad del orden liberal de resistir sin sacrificar su núcleo de ideas, pero al mismo tiempo, hacer frente a esta crisis. En el caso de Uruguay, ello también implica una ruptura con su tradición conservadora. En el país del impulso y su freno (Real de Azúa, 1964) la pandemia amortiguó, aunque sea temporalmente, la promesa neoliberal de la coalición conservadora organizada bajo el influjo del clan Herrera. No obstante, la ruptura, hay que decirlo, está muy lejos de ser total. La coalición de gobierno ingresó recientemente al Parlamento una [Ley de Urgente Consideración](#) de más de 500 artículos. Se encuentran aquí artículos con un marcado perfil neoliberal, como la desmonopolización estatal del combustible, la imposición de una regla fiscal, derogación de la bancarización obligatoria de actividades financieras (como las remuneraciones), la titulación de inmuebles por parte de sociedades anónimas, entre otros.

En otros casos, el neoliberalismo parece ir más lejos en cuanto al replanteo de sus presupuestos más nodales. Así, figuras intelectuales y políticas representativas del campo neoliberal, como el FT o el discurso del premier británico, reconocen que “la sociedad existe”, y que quizá sea hora de repensar la razón de ser del *homo economicus* individualista. Si lo anterior es cierto, entonces los acontecimientos actuales podrían, en cierta medida, ofrecer condiciones para el establecimiento de vínculos comunitarios en términos eminentemente políticos, es decir, repensando formas de vida colectiva que evoquen valores democráticos, por tanto, colmando de sentidos aquellos espacios vaciados por la primacía de la razón de gobierno neoliberal.

Quedan al mismo tiempo, preguntas a futuro ¿Alcanzará esta situación para contrarrestar la agenda de gobiernos marcadamente autoritarios y cuyo desdén a la diversidad etno-cultural, de género y religiosa, esboza una dirección contraria? En futuras indagaciones podría examinarse más en profundidad las políticas excluyentes que promovieron los sectores conservadores y altos mandos militares antes, durante y después de las medidas de aislamiento, así como las resistencias colectivas que se dieron como respuesta a esas medidas.

También cabe preguntarse por cómo los procesos examinados en este texto impactarán sobre la agenda y la fortaleza o debilidad de los gobiernos de corte socialdemócrata, progresistas y populismos de izquierda. Es posible por un lado que las prácticas de aislamiento y distanciamiento social debiliten los lazos sociales, y dificulten la acción colectiva en el espacio público, ambas dimensiones nodales de la sustentación política de esos movimientos y gobiernos. A la inversa podría ocurrir que “la nueva normalidad” a la que nos obligó la cuarentena, traiga como consecuencia una revalorización del lazo social y del sentido de pertenencia a un colectivo, así como una simpatía mayor del público a propuestas económicas redistributivas más radicales.

En suma, está claro que más allá del perfil ideológico y político de los gobiernos, el “éxito” o “fracaso” de cada país (incluida la Argentina) para lidiar con la pandemia y la crisis económica que se avecina, serán los argumentos más importantes en un escenario global y regional que pocas veces en los últimos años se ha mostrado tan revuelto, tan abierto a la discusión, a los cambios inesperados, a la disputa.

Bibliografía

- Brown, W. (2015) *Undoing the demos: neoliberalism's stealth revolution*. NYC: Zone Books.
- Castel, R. (2013). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*. Buenos Aires: Manantial.
- Entre. (2019). *La reacción. Derecha e incorrección política en Uruguay*. Montevideo: Estuario editora.
- Foucault, M. (2001). "El sujeto y el poder". En Dreyfus, H. L. y Rabinow, P. *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 241-260.
- Foucault, M. 2012 *Nacimiento de la biopolítica*. Bs.As.: FCE. Trad.: Horacio Pons.
- Foucault, M. 2014a *Seguridad, Territorio, población*. Bs.As.: FCE. Trad.: Horacio Pons.
- Foucault, M. 2014b *Defender la Sociedad*. Curso en el Collège de France (1975-1976). México: FCE.
- Garcé, A., y Yaffé, J. (2014). *La era progresista: hacia un nuevo modelo de desarrollo*. Tercer acto. Montevideo: Fin de Siglo.
- Ingold, T. (1996). *Key debates in anthropology*. Londres: Routledge.
- Rancière J. (1996) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Bs.As.: Nueva Visión. Trad.: Horacio Pons.
- Real de Azúa, C. (1964). *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*. Montevideo: Banda Oriental.



**Instituto de Altos
Estudios Sociales**
IDAES_UNSAM